

«El Jarama»

de R. Sánchez Ferlosio

«El Jarama» es una novela documental. Casi un documental cinematográfico; rodado, por azar, en tierras madrileñas. Si la novela debe atender a la creación de un ambiente y aceptar la anécdota como un factor secundario, según definición orteguiana, el libro que nos ocupa es una auténtica novela, aunque no creamos tan auténtico el ambiente descrito. Auténtico en un sentido accidental, sí; pero no definitivo.

Una excursión dominguera, un día de buscado olvido de uno mismo, unas horas de deseada evasión mal pueden definir la problemática de un individuo, si solamente nos refieren hechos y acciones, orillando la línea de un pensamiento. El único personaje que piensa en toda la novela es Daniel, al que el autor mantiene en un obtuso silencio.

Los personajes de «El Jarama» ni piensan ni tan siquiera luchan para no pensar. Lucha que sería al mismo tiempo acusación y redención, que daría fe de vida de esa juventud sin alma que discurre por las páginas del libro, como el río Jarama por su cauce. Este río es el verdadero protagonista de la obra. Un río con su destino de pequeño río, sin la grandeza elemental de un torrente, sin la mansedumbre obligada de las grandes y vigiladas corrientes de agua.

Dos historias corren paralelas en la novela, que bien pudieran ser, y no lo son, las dos márgenes del Jarama, pues la acción discurre en una sola orilla del río. Dos historias de escurridiza anécdota, tanto la que se fragua en la venta, como la sostenida por los excursionistas domingueros.

Todos los personajes que en el libro se mueven tienen mucho del Jarama, en cuanto a pequeños ríos, en cuanto a pequeñas vidas, precarias. Por contraste, el Jarama se crece. Llega incluso a ser capaz de cometer un crimen, de ahogar entre su limo a una jovencita.

Es una obra triste, en la tristeza de las naderías. Es un libro triste precisamente por su categoría de documento. Ningún lector negará realidad a la vacuidad con que se expresan sus personajes. Juventud sin brio, pájaros sin alas, barcos sin anclas ni velamen. Pero ¿por qué no justificó el autor el ansia y la necesidad de evadirse que sienten nuestros jóvenes, ante la total desorientación de nuestra época?

Sánchez Ferlosio es en esta obra caritativo a medias. Hace gala de una magnífica caridad en la descripción de ciertas escenas. Caridad, no obstante, que más se asemeja a la lástima del hombre que se cree fuerte, al contemplar una sala repleta de enfermos o de lisiados. El Jarama encierra probablemente una acusación. Una acusación contra la juventud actual. Bien. No censuro el propinarle un cachete al niño de vez en cuando. Siempre hay un motivo, siempre hay una razón. Pero ¡cuidado! Si nuestra juventud es como la describe Sánchez Ferlosio, debemos pensar seriamente quien tiene la culpa de este estado de cosas. La desorientación de nuestra época, la desorientación de los mayores, han sido las causas que han ahuyentado diamantes y caracolas del corazón de nuestros jóvenes. En su lugar, abrojos e incomprendimientos, y un asombro salvador ante nuestra propia desorientación, que tarde o temprano les conducirá a buen puerto.

Afortunadamente, soy más optimista que el autor de «El Jarama». Una excursión es sólo un paréntesis, como es también un paréntesis el tiempo que transcurre frente al mostrador de una venta o de una tasca. Después de un domingo vacío, estoy seguro de que cada vida, cada alma, encontraron su segundo de salvación, al poner, corazón rendido y asqueado, sus despeinadas cabezas sobre la almohada.

Pese a mi optimismo, ¡atención al documento!

L. d'Andraitx